



**DESIGUALDAD, CRECIMIENTO
Y SUPERVIVENCIA**



Lauchlin Currie, 1979. Foto de Ospina. Cortesía de La Prensa.

DESIGUALDAD GLOBAL Y CRECIMIENTO*

Lauchlin Currie

-
- * N. del Ed. Este artículo es el capítulo final de un estudio dirigido por Lauchlin Currie: *Recursos para el Futuro: Colombia 1950-2000*, que pretendía analizar el problema de Colombia y del empleo de sus recursos productivos en el contexto de la economía mundial. La visión prospectiva del autor aporta singulares argumentos para el actual debate sobre el crecimiento y la apertura. En efecto, Currie señala: no todos los países pueden tener el mismo patrón de desarrollo, sobre todo, dadas las limitaciones en la dotación de recursos naturales y la misma lógica del crecimiento. La persistente carrera por el desarrollo, bajo el umbral de las brechas en los niveles de ingreso, es la fuente de los conflictos entre las naciones. Los países que tengan solucionado el problema de la pobreza absoluta deben frenar su tasa de crecimiento; los países menos desarrollados deben lograr, gracias al crecimiento, el control sobre el medio ambiente y la erradicación de la pobreza absoluta. Se hace preciso, mirando el preocupante largo plazo, generar incentivos, no tanto exclusivamente económicos, sino extraeconómicos, tendientes a crear un nuevo modo de vida y unos valores más satisfactorios y permanentes a escala global.
- Currie, Lauchlin, "Desigualdad global y crecimiento", en *Recursos para el Futuro: Colombia 1950-2000*, Bogotá, Instituto de estudios colombianos y Banco Popular, 1981.

Resumen

Currie, Lauchlin, "Desigualdad global y crecimiento", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Números 18-19, Bogotá, 1993, pp. 281-300.

Un "estado de desarrollo" implica la consecución de un nivel en el cual una nación soberana haya adquirido el suficiente control sobre su medio ambiente económico, demográfico y social como para que le sea posible mejorar continuamente el bienestar de su gente. El "estado del bienestar" es una meta común de la humanidad, no obstante, las maneras de lograrlo difieren en cada nación de acuerdo con condiciones diversas.

Las abismales brechas de desarrollo existentes entre las naciones, e incluso al interior de las mismas, no pueden solucionarse involucrando a todos en una desenfrenada carrera por el crecimiento. Es imposible llegar a niveles de equidad sin transformar las raíces mismas de la racionalidad económica. Por tanto, se hace imperativo que, en los llamados países más desarrollados, se generen incentivos diferentes a la competencia por un mayor ingreso y se busque acrecentar el reconocimiento social por aspectos diferentes a los estrictamente materiales. En los llamados países en vía de desarrollo, es aún pertinente promover el desarrollo, esto es, crear un ambiente material que haga posible el logro de un nivel en el cual la vida misma no sea un lujo y los individuos logren un grado de control aceptable sobre su medio ambiente. A nivel de la economía mundial, se trata, en síntesis, de trascender hacia una economía donde el crecimiento económico deje de ser un fin en sí mismo. Dada la continua desigualdad internacional, unida a la dificultad de prever una disminución de las tensiones internacionales, un efectivo grado de soberanía o una disminución de la carrera armamentista, el problema de nuestros países no consiste en contar con los recursos adecuados, sino más bien en impulsar una planificación acertada.

Abstract

Currie, Lauchlin, "Global Disequality and Growth", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Numbers 18-19, Bogota, 1993, pp. 281-300.

A "state of development" implies the attainment of a level at which a sovereign nation has acquired sufficient control over its economic, demographic, and social environments to be able to continually improve the welfare of its people. The "state of welfare" is a common goal of humanity, although the means of achievement differ in each nation according to diverse conditions. The huge differences in development that exist among nations, and even within nations, cannot be solved by involving everyone in a crazy race for growth. It is impossible to reach levels of equity without transforming the roots of economic rationality themselves. It is therefore imperative that incentives other than competition for higher incomes be generated in the more developed countries, and that greater social recognition be sought for aspects other than those that are strictly materialistic. In the developing countries, it is still pertinent to promote development, i.e. to create a materialistic environment that will make possible the achievement of a level at which life itself will not be a luxury and where individuals can reach an acceptable degree of control over their environment. At the world economy level, the idea is, in synthesis, to transcend towards an economy where economic growth is no longer an end in itself.

Given the continual international disequilibrium that exists, along with the difficulty in anticipating a decrease in international tensions, an effective degree of sovereignty or a decrease in the arms race, the problem of our countries consists not in counting on adequate resources, but rather on promoting ascertained planning.

Anteriormente se resumió el amplio tema de la equidad y el crecimiento, o la igualdad y la eficiencia. Falta discutir la misma cuestión en forma somera en sus aspectos internacionales, materia que ocupa el primer lugar en los últimos años. Aunque no figuraba en el marco original de referencia para este estudio la abolición o siquiera disminución de la desigualdad entre los países y la manera como trata de lograrse, ésta tiene un impacto obvio sobre la suficiencia y la utilización de los recursos.

EL PROBLEMA EN SUS ASPECTOS INTERNACIONALES

El argumento hasta este punto ha sido que el crecimiento y la mejor distribución de los ingresos, siendo incompatibles, pueden complementarse hasta cierto aspecto, y que para países en desarrollo como Colombia, son deseables tasas de mayor crecimiento de las que imperaron en la base histórica para lograr la transición hacia una categoría más desarrollada. Sin embargo, esto no satisface una serie de preguntas bastante difíciles: ¿Cómo se puede cerrar la brecha internacional en los niveles de consumo? ¿Sugiere esto en términos generales que sería deseable una doble política de crecimiento acelerado en algunos países y de disminución en otros? ¿Qué impacto tendrían las diferentes soluciones sobre la suficiencia de los recursos?

El problema tiene varios aspectos: 1) el crecimiento adicional para aumentar los niveles de consumo, y las metas del mismo para millones de personas en los países en desarrollo, pueden conducir a

una creciente escasez de recursos principalmente de energía, como también de minerales, agua y aun espacio. ¿Podrían una o dos generaciones, en forma ética, dar tal ímpetu a una entropía mayor, o hacer un gasto tan grande de los recursos no renovables?; 2) el crecimiento adicional en los países más desarrollados con poblaciones casi estables ocurre sobre una base ya alta, así que la misma tasa de porcentaje del crecimiento puede ampliar mucho la brecha absoluta en el consumo por habitante, aumentando el efecto de envidia, contribuyendo al resentimiento, y haciendo surgir toda clase de emociones que hacen más difícil una existencia pacífica para la humanidad. No es necesario insistir en que la agitación en busca de un nuevo orden económico internacional y las fuerzas que le dieron vida tienen repercusiones peligrosas; 3) el crecimiento adicional en los países más desarrollados está impulsado por motivaciones sociales que el incremento económico en sí ya no puede satisfacer. Pero el crecimiento económico continuo puede ser incompatible con motivaciones más satisfactorias.

Por consiguiente, para extirpar la desigualdad global y sus consecuencias, se pueden justificar diferentes actitudes sobre lo deseable del crecimiento para diferentes grupos de países.

De nuevo se expresa que éste es un tema demasiado amplio para tratarse aquí profundamente, pero, por lo menos, se quiere ilustrar sobre la complejidad de los problemas conjugados del crecimiento y la desigualdad del consumo. Es una tarea válida y legítima examinar si el crecimiento en la población y el agotamiento de algunos de los recursos más baratos y accesibles pueden ser suficientemente compensados con sustitutos, sistemas de conservación y avances técnicos, como para que el crecimiento en una escala nacional y global, especialmente en el consumo, no sea arriesgado, por lo menos para la otra generación, aspecto que es el objetivo principal de este estudio. Pero más allá de este punto se destacan otros, aún más difíciles, sobre los cuales los economistas no tienen ninguna autoridad especial para emitir juicios. Por ello sólo se tratarán brevemente.

Con relación al tema de la suficiencia total de recursos para mantener las tasas históricas de crecimiento global durante otra generación o más, con crecimiento general pero con poco cambio en la igualdad, se entiende que el estudio original asuma una posición optimista. En todo caso, este es un tema fuera del alcance y las posibilidades de este estudio. Para Colombia, las conclusiones de la parte tercera fueron también poco optimistas, aun para las tasas de crecimiento deseables (y altas) según las políticas que se adopten. Estas

conclusiones, como se acaba de señalar, no satisfacen las preguntas de cómo, por cuánto tiempo y a qué tasa es deseable un crecimiento económico continuo por habitante en los países desarrollados. La capacidad de los recursos es sólo un aspecto del problema. Otro es, simplemente, que sin tal disminución resulta difícil ver cómo se puede cerrar o disminuir la brecha de consumo entre los países ricos y muchas de las más pobladas naciones en desarrollo¹. Pero si no se reduce y se continúa ampliando, el efecto de resentimiento seguirá creciendo y con él los sentimientos de envidia, ansiedad, miedo y desafío. Con su aumento habrá mayores y más vigorosas demandas por una redistribución de la riqueza y los recursos, atribuyendo los problemas de los países en desarrollo a la existencia de los opulentos (teoría de la dependencia) la cual gana adeptos. Los países desarrollados son vencidos frecuentemente en las reuniones internacionales. La posibilidad de que las naciones poderosas comuniquen una autoridad sólida a un organismo internacional se hace más remota y se depende más y más de los armamentos nacionales para proteger y defender los derechos soberanos y los privilegios de cada país. La perspectiva futura de la humanidad se ensombrece a medida que el poder destructor de los armamentos modernos es mayor y se difunde a muchos países, cuando los pueblos en desarrollo entran en posesión de tales armamentos y crece la conciencia sobre la desigualdad.

Por consiguiente, no es difícil establecer una relación entre la creciente brecha del consumo y las futuras amenazas a la paz y al bienestar. Se ha tomado más o menos como un hecho seguro que esta brecha puede reducirse o sencillamente desaparecer con el crecimiento sostenido en los países menos desarrollados. Pero se debe reconocer que, a causa de los diferentes niveles de ingreso y consumo por habitante desde los cuales parte el proceso de crecimiento de los países pobres, reducir la brecha de esta manera y en un tiempo razonable requiere de una tasa extraordinariamente alta y constante. Por lo tanto, de esta realidad se puede sacar un argumento bueno para propugnar por un descenso en la tasa de crecimiento de los países desarrollados o por mayores avances en la exploración de condiciones nuevas que permitan alcanzar y mantener un equilibrio en términos económicos. Es así como resulta

1 Véanse los cálculos de Lester Brown sobre la creciente brecha citada en el Capítulo I y la brecha continua entre Colombia y los Estados Unidos, citada en el Capítulo II. (N. del Ed.). Se refiere a los capítulos I y II del libro *Recursos para el futuro*, op. cit., cuyo último capítulo se reproduce en esta entrega).

posible ser, al mismo tiempo, defensor de tasas de crecimiento más altas y de tasas mucho más bajas, según se trate de un país o varios.

Sin duda, esta conclusión parecerá inaceptable para la gran mayoría de lectores, especialmente de los países desarrollados. En primer lugar se alegrará que está exagerándose la importancia del efecto de resentimiento y en seguida se preguntará: ¿Por qué los países menos desarrollados no aceleran su tasa de crecimiento mediante la adopción de la tecnología moderna, que se encuentra disponible, para así alcanzar a los más adelantados?

Hay otro argumento utilizado ocasionalmente: cuanto más alta es la tasa de crecimiento en los países desarrollados, mejores clientes son éstos para los productos de los países en desarrollo, más altas las exportaciones de los últimos y su crecimiento, por lo tanto, será más rápido. Suena convincente, pero su validez es dudosa. Se basa en la suposición de que en los países en desarrollo el crecimiento está restringido por las importaciones; que cuando los países adelantados importan de los países menos desarrollados, están actuando en función de la tasa de crecimiento de estos últimos y que ésta es la única forma de hacer accesibles a los países en desarrollo términos justos de intercambio. Tales suposiciones pueden ponerse en tela de juicio: la relación de producción e importaciones puede cambiar y, en todo caso, la falta de intercambio no es el limitante principal. Los países desarrollados pueden hacer importaciones y exportaciones más grandes a naciones en desarrollo aun sin registrar ningún crecimiento neto; sus compras a países en desarrollo pueden ser pequeñas en comparación a las hechas a países desarrollados y, finalmente, los recursos se pueden transformar de distintas maneras. En consecuencia, este argumento sobre el crecimiento continuo en los países desarrollados y la ampliación de la brecha en términos absolutos para ayudar a los países menos desarrollados no es convincente, e ignora otras alternativas que llevan al mismo resultado. Además, ignora el impacto del mayor consumo de los países desarrollados sobre las reservas mundiales de recursos, haciéndolas más costosas para aquellos en desarrollo. Un ejemplo es el petróleo.

Incidentalmente ese mismo argumento se podría emplear para justificar y defender una creciente desigualdad dentro de un país, "como medio para disminuir la desigualdad".

Una discusión adecuada de estos puntos nos llevaría demasiado lejos, debido a que se requiere, entre otras cosas, de un traslado

de los niveles de gastos de los ricos en los países más opulentos a iguales niveles de consumo en una amplia base mundial. En términos de consumos fundamentales *per cápita* como los de espacio, agua, energía y metales, parece literalmente imposible cerrar esa brecha en un futuro previsible para unos países muy poblados y poco desarrollados. Esto significa ni más ni menos que la desigualdad continuará a escala internacional. En segundo lugar, la discusión conduciría necesariamente a un examen de la naturaleza del bienestar, el cual no sólo está concebido de acuerdo con la satisfacción de las necesidades físicas sino que tiene que ver con un estado mental, intelectual, que depende especialmente de relaciones interpersonales y con la sociedad. Sin embargo, la simple observación permite deducir que el resentimiento expresado por los representantes de los países en desarrollo tiene su origen no sólo en el sufrimiento actual de sus gentes, sino en el hecho evidente y conspicuo de la desigualdad internacional. Si se recuerda además que los pobres, que son la mayoría en los países desarrollados, aspiran a conquistar los niveles de los ricos, cuando esto ocurra tales niveles de consumo se constituirán en las nuevas metas de aspiración de los países en desarrollo. La evidencia del problema aparece en toda su magnitud.

Finalmente, existe el argumento psicológico de que las motivaciones y actuaciones, que dan vida al crecimiento continuo, son incapaces de satisfacer las necesidades sociales del hombre y en lugar de dar bienestar, después de satisfacer las necesidades físicas básicas agregan frustración, descontento, desunión y sentimientos de impotencia. En consecuencia, el constante aumento del "sentimiento de envidia" (que no es lo mismo que privación) entre los grupos más pobres, principalmente en los países en desarrollo, ni siquiera tiene como contraparte un mayor sentimiento de bienestar de los más ricos, ni el goce del aumento en el consumo. La principal fuerza que fundamenta el trabajar, ahorrar, los avances técnicos, las ganancias, es el deseo de lograr el respeto y la estimación de aquellos cuya opinión valoramos; el castigo severo cuando se fracasa en "hacer más dinero" (no bienes), conquistar un título más importante, ascender a una escala más alta de gastos, es la temida pérdida de ese respeto y esa estimación.²

2 Hablando inclusive de un profesional, Mishan comenta que la "sanción a quien se queda atrasado puede ser la pérdida de todo lo que él ha luchado por realizar... prestigio, posición, reconocimiento... las cosas que lo mantienen a flote en el mar del anonimato", *Los costes del desarrollo económico*, p. 114.

Pero esto es perseguir una meta inalcanzable. Los deseos nacen más rápidamente de lo que se pueden satisfacer; siempre habrá aquellos con ingresos, títulos, poder y niveles de consumo más altos. Por lo tanto, cuando ya hemos pasado más allá de la economía de miseria, y haciendo excepción de aquellos bienes y servicios que pueden contribuir a la dignificación humana o al embellecimiento cultural de la vida, podemos llegar a la conclusión de que la fuerza que impulsa el crecimiento económico es básicamente malsana y sólo puede crear más frustración que satisfacción.³ En este orden de ideas la conclusión que sigue es que para los países más ricos que han logrado una buena medida de igualdad, una disminución del crecimiento económico y un gradual reemplazo de los impulsos existentes por otras motivaciones para ganar el respeto de otros, y por lo tanto el propio respeto y la estimación, pueden muy bien mejorar la calidad de la vida y actuar simultáneamente en la reducción de aquellas diferencias económicas y de aquellos sentimientos de envidia que hacen peligrar internacionalmente entre ellos el futuro bienestar del hombre. Si ese es el caso, el argumento más poderoso para un equilibrio eventual no sería el del "Club de Roma", que se basa en la creciente escasez y costo de los recursos, sino más bien el más amplio argumento de la necesidad de crear un modo de vida y un grupo de valores más satisfactorios y permanentes, a escala global, para adelantar la causa de una coexistencia pacífica y hasta de una supervivencia.

LA REAFIRMACIÓN DEL PROBLEMA

Si se acepta esta conclusión, tanto los países más desarrollados como los menos, deben modificar sus metas durante la próxima generación. Para reforzar la posición expuesta anteriormente viene el hecho de que, mientras un período de crecimiento económico alto y sostenido es deseable para los países en desarrollo, el objetivo de este proceso no es tanto lograr el bienestar sino apenas satisfacer las necesidades físicas y lograr un mayor grado de control sobre el medio ambiente. Las metas de los países desarrollados serían utilizar el control que ya tienen sobre su medio ambiente para realizar una igualdad interna todavía mayor, con un crecimiento material menos espectacular, acompañado por un creciente énfasis en el desarrollo de formas más saludables y adecuadas para satisfacer las profundas necesidades sociales del hombre.

3 El punto de vista expuesto en estas páginas está desarrollado con mayor detalle por Lauchlin Currie, "Wants, Needs, Wellbeing and Economic Growth", y en la edición revisada de *The No-Growth Society*, vigorosamente citado por E. J. Mishan.

Una repercusión posterior para los países más ricos, que es igualmente difícil de aceptar por ellos, es que su oferta de préstamos, concesiones, asesoría técnica y su voluntad de importar de los países en desarrollo, deberían ser motivados por un sentimiento consciente de conveniencia propia, más que por un espíritu de caridad o de "hacer el bien" y ser el protector de su hermano. Es **interés** de los países más desarrollados el que se incorporen a sus filas tantos países como sea posible, y en forma rápida. Hasta un toque de compasión está propenso a envenenar una relación. Sentir que se hace un favor implica que el otro debe sentir gratitud, por lo tanto se justifica un cierto grado de paternalismo o tutela. Inclusive en las siglas comúnmente empleadas para la Agencia de Desarrollo Internacional (AID), seguramente escogidas deliberadamente, se nota el paternalismo. La insistencia de las agencias extranjeras para el progreso en que la misma población pobre de las naciones en desarrollo debería beneficiarse directamente de los préstamos y ayudas, y sus denuncias sobre los abusos de los privilegiados (denuncias que naturalmente sólo aluden a los países que reciben el préstamo y cuya realidad ni siquiera se pone en duda), pueden representar para los gobiernos beneficiarios la evidencia del paternalismo o del colonialismo moderno.

Realmente, todo esto surge del fracaso en aclarar los objetivos básicos. Entre naciones soberanas no debería existir la caridad y la gratitud (exceptuando, quizás, los casos de socorro en desastres naturales) sino el deseo de colaborar con propósitos mutuamente benéficos. El tipo de negociaciones realizadas entre los Estados Unidos y Canadá y el carácter de sus concesiones mutuas pudieran servir muy bien como modelo de manejo de las relaciones entre los países pudientes y los países en desarrollo. Los objetivos básicos que pueden hacer del mundo un sitio más seguro para las naciones ricas y que por consiguiente justifica sus préstamos y concesiones comerciales, es que el progreso se dirija hacia un estado general de desarrollo. Si se siente gratitud o se persigue un fin social, eso está en segundo lugar. Un "estado de desarrollo" implica la consecución del nivel en el cual una nación soberana ha adquirido suficiente control sobre su medio ambiente económico, demográfico y social como para que le sea posible mejorar continuamente el bienestar de su gente. Sostener que un país rico no debería usar directamente la asistencia como una palanca para mejorar en otros países lo que considera el bienestar, puede parecer irrazonable. Pero una reflexión sobre las repercusiones y posibilidades de tutela que surgen de esta actitud debería servir para mostrar sus peligros.

Las analogías nunca son exactas pero pueden ser sugestivas. Una analogía apropiada aquí puede ser la alternativa en el tratamiento a un "grupo problemático" en países desarrollados: la alternativa consiste en ofrecer beneficencia social o caridad por un lado, y, por otro, rehabilitación, movilidad y oportunidades de empleo. A corto plazo, la primera opción es menos costosa e ineludible, pero, a largo plazo, la última es infinitamente preferible y en realidad menos costosa. Así, una gran ventaja del comercio por encima de la asistencia es que sirve al mismo propósito básico mientras evita los peligros del paternalismo y del abuso del poder por parte de burócratas bien intencionados.

Pasando ahora a los países en desarrollo, la tarea de un gobierno resulta muy difícil. Tiene que crear una atmósfera favorable al crecimiento, organizar un proceso lo más descentralizado posible en la toma de decisiones y, al mismo tiempo, establecer las condiciones que disminuyan las diferencias en los niveles de vida y que aumenten los niveles económicos y educativos de los más pobres. Si se adopta, como en este estudio, una perspectiva de veinticinco años o de cincuenta hacia el futuro, la primera tarea no llevaría —como generalmente se cree— al logro inmediato del bienestar, sino más bien a la creación de un ambiente propicio donde tenga mejores oportunidades para establecerse. La distinción es importante. El ambiente debe ser tal que satisfaga las necesidades físicas de toda la gente y se eleven los niveles educativos mínimos, de modo que la población esté calificada para desempeñar empleos mejor remunerados; desaparezcan los otros obstáculos a la movilidad; el potencial productivo de los recursos llegue hasta los límites; se estimule el ahorro mientras que se desanime el consumo conspicuo y la tecnología disponible se adopte lo más rápido posible. Este es, en resumen, un ambiente de alto crecimiento que utiliza, en toda su capacidad y con toda la eficacia posible, los recursos disponibles, canalizando estos beneficios del crecimiento en favor de un desarrollo adicional y de un aumento en los niveles de consumo de la mayoría de los habitantes. La mano de obra se volvería "escasa" por la creciente demanda y el descenso en la tasa de nacimientos.

Tal situación, caracterizada por la tensión del esfuerzo y por la continuación, aunque en menor grado, de la desigualdad, parecería no ser aceptable a largo plazo dentro de una economía mixta. Debería admitirse que el resultado de todo este esfuerzo de transición no tiene que ser necesariamente una sociedad más feliz. No obstante, desde el punto de vista de la supervivencia humana in-

ternacional y nacional, ésta se presenta como la condición necesaria para obtener un ambiente en el cual el único interés no sea la sola supervivencia en un mundo generalmente hostil, sino que permita pasar a desarrollar condiciones profundamente más satisfactorias para la humanidad durante un largo período. Un país donde la mayoría de la gente vive apenas al nivel de subsistencia, que no tiene control sobre su población, que sufre el empeoramiento de la relación entre su población, sus recursos naturales y la energía, y que depende de la ayuda financiera continua de otras naciones, tiene, en todo caso, pocas posibilidades de lograr el bienestar y está incubando peligros no sólo para sí mismo sino para la humanidad en general.

Por consiguiente, los países que fracasan en lograr tal control deben ser preocupación no sólo de ellos mismos sino de todos. Otros Estados en desarrollo pueden lograr perspectivas más favorables por sus propios esfuerzos y con ayuda de lo que se ha descrito como objetivos esenciales mínimos hacia los cuales todos los países deben dirigirse. Sólo los que se conocen como países desarrollados están en posibilidad de explorar en el futuro próximo, conjuntamente, las formas de transición hacia un mundo en el cual la dignidad social que el hombre busca para lograr su autoestimación, esté definida por motivaciones distintas de las que ahora predominan. El mundo imaginado por Erich Fromm, por deseable que sea, no puede realizarse por exhortación sino seguramente por unos cambios cuyas múltiples consecuencias en el ambiente económico permitan e impulsen a la vez cambios en las motivaciones.

El estado de bienestar es una meta común de la humanidad, pero las sendas y los medios de lograrlo difieren bajo condiciones diversas. Primero que todo, antes del bienestar, tiene que haber supervivencia sin miedo. Esto no es una exageración. Obviamente el hombre no ha aprendido todavía a combinar su modo de vivir con la tecnología moderna, con su creciente potencialidad destructiva, ni con las necesidades de animal social profundamente arraigadas.

Cuando gran parte de nuestros "pensamientos" son sólo una racionalización de profundas fuerzas emocionales: miedos, ansiedades, resentimientos, impulsos hacia el poder y la importancia y así sucesivamente, la supervivencia implica la realización de un ambiente en el cual las necesidades emocionales puedan ser satisfechas sin violencia y de manera estable. No tendría sentido profundizar aquí en un tema como éste. Sin embargo, parece necesaria alguna discusión debido a la controversia, que ha surgido recientemente en el campo del desarrollo, entre los que darían prioridad a la re-

distribución y aquellos que la darían al crecimiento, y debido al deterioro aparente de las relaciones entre naciones poderosas y débiles. La tendencia a formar bloques de países, a ganar favores y amigos mediante el enfrentamiento de las naciones, y a justificar todo esto en términos sobrecargados emocionalmente de alusiones a la desigualdad y a los culpables de ésta, es tremendamente peligrosa. Si se examina cuidadosamente, se encuentra que la desigualdad nacional global es un elemento importante en el panorama. La utilización de los recursos generales debe analizarse a la luz de los antecedentes internacionales.

CONCLUSIONES

Como una manera de buscarle solución al conflicto o de conciliar los diferentes puntos de vista, se sugiere una primera etapa dirigida a cambiar los principales objetivos del "bienestar", con sus connotaciones hedonistas, por uno de supervivencia global bajo condiciones tolerables, por lo menos como discusión académica.

Para nuestros propósitos, la importancia de este cambio es que dirige la atención al tema que se supone esencial y a las medidas necesarias para crear condiciones favorables a la supervivencia. La reorientación, a la vez, facilitaría que los diferentes grupos de países modificaran el tratamiento de la naturaleza del problema así:

a) Para aquellos países comúnmente conocidos como desarrollados, que poseen el conocimiento suficiente y la capacidad productiva para satisfacer todas las necesidades físicas razonables, y que pueden dedicar una creciente proporción de tiempo y esfuerzo al logro de objetivos no económicos, capaces de satisfacer mejor las necesidades sociales, el procedimiento consistiría en suplementar, y con el tiempo suplantarlo, los incentivos económicos como medio para ganar estimación e importancia por otros alicientes. Por lo tanto estarían "abriendo el camino" hacia el punto en que pueda apaciguarse el origen emocional de las crecientes tensiones, ansiedades y descontentos.

b) Para el grupo medio de países en desarrollo el problema principal consistiría en hacer la transición, lo más aceleradamente posible, a las condiciones que ahora son ampliamente características de los llamados países desarrollados. Esta transición se facilitaría por un período de rápida adopción de la tecnología existente, especialmente en la agricultura, y daría al campesino liberado por la mecanización la oportunidad de disminuir su desventaja en niveles

de consumo de cosas tan básicas como educación, salud, vivienda, servicios y diversiones en un medio ambiente urbano. Esto requiere a la vez de cambios en las actitudes, en las políticas y en las instituciones sociales y económicas. Tal período de transición estaría acompañado de una disminución en la brecha interna de niveles de consumo por un proceso de transferencias.

c) El grupo restante de países reúne problemas especiales. Están en primer término aquellos muy grandes y poblados pero muy pobres, donde la cuestión demográfica cobra más importancia que cualquiera otra. Siguen los países muy pequeños, pero también muy pobres, cuya habilidad para desarrollar economías viables puede estar en duda y que probablemente requieren de un tratamiento especial. Para la mayoría de éstos la necesidad principal es doble: tasa de crecimiento económico en aumento y una disminución drástica en la tasa de crecimiento demográfico.

d) Un grupo adicional de economías que difieren considerablemente entre sí, comparten sin embargo ciertos problemas que conllevan el ser economías centralmente planificadas. Bien pueden ser tratadas aparte. Desde el punto de vista del problema clave de la supervivencia, pueden estar ya en la posición, con las economías mixtas desarrolladas, de estudiar la necesidad y la extensión del crecimiento económico continuo con relación a otras motivaciones.

Realmente, el impulso existente para el crecimiento en el grupo soviético de países europeos parece tan fuerte como en las economías mixtas y aún más fuerte, a causa quizás de las razones presentadas aquí: el "efecto de envidia" ante los niveles de consumo de las economías mixtas desarrolladas y, además, por razones militares.⁴

4 La posición de China ilustra muy bien el argumento de que entre los países del mundo tiene que haber una amplia igualdad en los niveles de consumo, o por lo menos un equilibrio en potencialidad económica y técnica y de que todos sientan la necesidad de una acción internacional concreta tendiente a reducir las tasas de crecimiento material. Ni siquiera una nación tan extensa y poblada como China, que ha luchado siempre por mantener incentivos y valores no pecuniarios, se siente segura de un mundo donde la fuerza militar depende cada vez más de los avances de la ciencia y la tecnología y de una alta capacidad productiva. Consideraciones como éstas debieron decidir a China a una rectificación tan radical de su actitud respecto al problema demográfico y en su apertura hacia el Occidente que concluyó su período de aislamiento. Como la supervivencia es la prioridad absoluta, y la supervivencia de un gran poder se siente amenazada cuando se queda atrás en capacidad económica y técnica, el argumento militar como base del crecimiento es realmente fuerte.

Colombia cae dentro de la segunda categoría de países. Se puede esperar, razonablemente sin seguir políticas demasiado exigentes, que su transición hacia una condición que le permita un control más significativo sobre su medio ambiente económico, social y físico podrá realizarse. Por otro lado, para conseguirlo necesitará fuerzas poderosas que apoyen su crecimiento, para sobreponerse a varios factores limitantes que fueron mencionados en distintas partes de este estudio.

Este capítulo puede resumirse, entonces, diciendo que no hay una respuesta sencilla a la pregunta de cuáles deberían ser las metas nacionales y cuáles las globales. Mirando hacia el futuro, parece deseable que se planee para una economía mundial estable más equitativa, en la cual la satisfacción de las necesidades sociales del hombre se encuentre en el desarrollo no económico y sin apuros. Un grupo de países parece estar en posición de iniciar una planificación preliminar con tal fin. Simultáneamente, sin embargo, sería deseable un período de rápido crecimiento en los países en desarrollo, para disminuir el "efecto de envidia", lograr una mayor medida de igualdad con los países económicamente más avanzados y asegurar un mayor control sobre su medio ambiente. Este proceso, según su éxito, permitirá una disminución drástica de las diferencias en los niveles de consumo, en oportunidades y en seguridad económica dentro de los países mismos. Pero la meta, al menos por el momento, debería ser mayor igualdad a un nivel más alto, comparable a la de algunos países más desarrollados.

Se cree que esto es compatible con una nivelación ascendente del consumo y los servicios, y con un mejor cumplimiento de la tributación, de acuerdo con la capacidad de pago y con la mayor utilización en la transferencia de pagos.

Para mantener este punto de vista es necesario hacer el balance entre el corto plazo y el largo. Claro está que los países desarrollados continúan el consumo masivo de recursos y energía, así que cualquier progreso hacia su conservación o hacia un crecimiento menos rápido sería provechoso, siempre que las economías no estén completamente condicionadas al crecimiento. El consumo por parte de los países en desarrollo es todavía pequeño. Siguiendo el curso propuesto, deberían acelerar ese consumo a corto plazo, pero esto es para apresurar el día en que el concepto de un estado seguro o de un cambio gradual de crecimiento material a crecimiento de la individualidad se extienda, país por país, a aquellas partes del mundo donde las poblaciones numerosas y la gran desigualdad son el peligro principal para el futuro.

Esperamos, finalmente, que los puntos aquí consignados y que a primera vista pueden parecer conflictivos para algunas personas, serán inteligibles y consistentes dentro del marco de los problemas globales examinados en sus varios aspectos y etapas.

REPERCUSIONES PARA LA POLÍTICA

Si se considera: a) deseable lograr niveles mínimos aceptables para todos, especialmente en los países en desarrollo; b) disminuir las diferencias en los niveles de consumo y la consiguiente disminución del "efecto de envidia" y c) si se va a hacer lo más prontamente y con la menor fricción posible, se sugiere como apropiado el siguiente grupo de políticas planteadas aisladamente a través del texto y de las cuales sólo se hará un resumen:

1. En primer lugar, parece que la política actualmente ejercida por todos los países que aspiran a tasas más o menos iguales de crecimiento puede significar más o menos desigualdad, no sólo en el consumo sino en la utilización de los recursos minerales mundiales y de ciertas fuentes de energía. Lo deseable sería la realización de una tasa de crecimiento mucho más rápida y sostenida por los países en desarrollo para acortar la brecha. Esto plantea difíciles políticas, tanto para los países desarrollados como para los que están en desarrollo. Para los primeros se hace necesaria una utilización mucho más eficiente de los recursos y especialmente de la tecnología en el sentido amplio de la palabra.

2. Es importante que las nociones de caridad, beneficencia y espera de gratitud se disminuyan y eviten. Una de las cosas más difíciles del mundo es dar y recibir sin provocar reacciones de superioridad o de resentimiento. El problema surge en parte, como se dijo, de la confusión de los objetivos. Indudablemente los préstamos tienen que entrañar ciertas condiciones, pero debería sobreponerse como objetivo principal la aceleración del crecimiento para obtener lo más pronto posible el paso a la categoría de país más desarrollado; y que las condiciones de los préstamos, tales como aportar cuotas por igual con dineros nacionales, o su utilización para propósitos sociales y para el alivio directo de la pobreza sea realmente su objetivo final. Donde no hay suficiente confianza para un crédito se deben hacer concesiones pero con fines semejantes, es decir, para que más y más países sean capaces de mantenerse con sus propios recursos y de ganar mayor dominio sobre su medio ambiente.

Claro que los prejuicios, preferencias y escala de valores de quienes otorgan el préstamo no pueden ser totalmente eludidos. Lo único que se puede pedir es que se subordinen al objetivo principal en un grado mayor que en el pasado.

3. Para la consecución del objetivo, el comercio es preferible a la asistencia, pues no tiene connotación benéfica ni peligros de tutela. Esto significa que los países desarrollados deben estar preparados para comprar los bienes y servicios de aquellos en desarrollo, lo cual, a su vez, probablemente requiere de una política activa de impulso al proceso de movilidad dentro de los países más desarrollados. Los numerosos y variados beneficios de proveer un mercado para los productos de mano de obra más barata no deberían asegurarse a costa del trabajo individual y de empresas en los países más desarrollados. Si se quisiera hacer, no es muy seguro que se alcance el éxito.

4. Obviamente aquellos países en desarrollo que dependen de las importaciones de petróleo y sus derivados tendrán que poner en marcha medidas especiales para aminorar el impacto de un empeoramiento tan drástico de los términos de intercambio como el que se ha presentado en años recientes. Se espera que los países exportadores de petróleo cooperen con tales medidas.

5. La ampliación de la brecha de ingreso *per cápita*, en términos absolutos, ha hecho prohibitivamente caro en los países desarrollados el entrenamiento avanzado para la mayoría de los individuos de un país en desarrollo. Esta es, sin embargo, una forma de inversión del "capital humano" que ha producido rendimientos muy altos a través del tiempo y requiere de una ayuda especial.

6. Un crecimiento más rápido o una productividad más alta por trabajador depende, en buena parte, de la utilización creciente de una tecnología más avanzada. Esta transferencia se ha dejado al cuidado de la iniciativa privada, pero habría que ver cuáles otras formas pueden estimularla, así como la financiación de las investigaciones básicas, especialmente adaptadas a los países tropicales, como la tecnología forestal y de las plantas. La suma así gastada en los países en desarrollo sería apenas una fracción muy pequeña de la dedicada a países más desarrollados de la zona templada.

Durante el último cuarto de siglo se han hecho grandes esfuerzos y se han producido numerosos estudios, ensayos y tratados sobre el tema del desarrollo. Indudablemente ha habido progresos, pe-

ro debe admitirse que a pesar de los miles de millones en préstamos y concesiones, de los estudios realizados por incontables investigadores y de la cantidad de consejos dados, son extraordinariamente pocos los países que han alcanzado éxito y más bien se ha ampliado la brecha de producción y consumo por habitante entre los más desarrollados y los menos, en lugar de cerrarse. Es difícil escapar a la conclusión de que debe haber algo muy deficiente en la estrategia seguida. Sin embargo, en general los diagnósticos y las estrategias ofrecidas y puestas en práctica difieren muy poco de aquellas de moda en las últimas dos décadas y media. El estudio presente y el más exhaustivo de *Resources for the Future* sugiere enfáticamente que la falta no radica en la carencia de recursos.

El progreso, tanto en la eficiencia como en la igualdad en los países desarrollados —que son los grandes consumidores de recursos— desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido en general satisfactorio. En una perspectiva histórica ha sido notable en verdad, a pesar del enorme gasto de los recursos más accesibles y más explotados. Evidentemente, la deficiencia en los países en desarrollo debe buscarse por otro lado.

La posibilidad de que el costo relativo de los recursos importantes aumente, a tal punto que ponga en peligro el crecimiento o unos niveles de consumo más altos por habitante bajo proyecciones deseables o probables, se trató en los *Capítulos II y III* y la conclusión a la cual se llegó fue que podría ocurrir bajo ciertas condiciones en el caso de los productos del petróleo⁵. También se examinó cómo se podría afrontar tal situación. En cuanto a los costos para reparar los perjuicios causados al medio ambiente, la prevención de futuros daños y la destrucción de algunos recursos naturales, si bien son serios, no se cree que necesariamente disminuyan el nivel de vida o hagan más lento el crecimiento.

Se concluyó, quizás sin sorpresa, que la amenaza a la realización de las tasas probables o deseables de crecimiento surgiría más de condiciones institucionales y del medio social, como resultado de políticas incorrectas, que de factores físicos o de escasez. En este capítulo se estudió cuáles serían las políticas aconsejables. Esta discusión lleva a la vez a la consideración de la compatibilidad entre la eficiencia y la igualdad (o el crecimiento y el bienestar),

5 N. del Ed. Capítulos II y III del libro *Recursos para el futuro: Colombia 1950-2000, op. cit.*, del cual se tomó este artículo.

examen que, no obstante estar dedicado principalmente a Colombia y a la utilización eficiente de sus recursos, puede haber llegado más allá de los términos estrictos de referencia del estudio. Este estudio trata de poner el problema de Colombia y de su empleo de los recursos en un medio global circundante, al señalar algunas de las repercusiones de la continuidad de la brecha de productividad o consumo, como se observa en varios grupos de países.

En cuanto a necesidades básicas, dietas variadas y adecuadas, vivienda confortable y buenos servicios, salud, educación, una amplia seguridad económica y oportunidades de diversión, parece que con políticas sabias se puede esperar que estas necesidades sean satisfechas en Colombia y en muchos países en desarrollo dentro de una generación.

En términos de niveles actuales de consumo *per cápita* y de estilos de vida urbanos y suburbanos en los países desarrollados, y en cuanto al nivel de consumo que pueda preverse en tales países dentro de una generación por una proyección de tendencias corrientes de crecimiento, una medida amplia de igualdad internacional parece completamente irrealizable aun con tasas extraordinariamente altas de crecimiento *per cápita* en los países menos desarrollados, tasas que seguramente no se lograrán. Con la continua existencia de la desigualdad internacional, es difícil suponer una disminución de las tensiones internacionales, un efectivo y seguro grado de soberanía o una disminución en la carrera armamentista y en todo lo que ella implica. Así que la conclusión final es básicamente que el problema no reside en contar con recursos adecuados, sino en una planificación adecuada.